

# Renovarse o dejarse matar

Mateo Kyezitri

Las mantas que te abrigan con gusto hace tiempo que quedaron desparramadas por el suelo de una habitación que hubiese querido seguir soportando el peso de tus pisadas sobre él y ahora nieva en forma de polvo sobre ellas ante la indiferencia de todos. El enésimo mechero murió tumbado sobre la mesilla con la piedra caliente de tanto rodar en busca del último porro, del último soplido de esa felicidad de humo, humo desde cualquier perspectiva. Tus zapatillas desgastadas, una sobre otra y con las agujetas atadas desde el primer día, simbolizaban la quietud, el abandono, la miseria y ese último paso que debió ser mucho más largo, pero nadie mide las zancadas decisivas y por eso los tropiezos se convierten en fatales. El poster de *Heroes del Silencio* había aguantado estoicamente las embestidas del sol en plena cara y los pelotazos que la usaban como diana, pero llegó el momento de capitular y agachar la mirada como un girasol a medianoche. Las puertas del armario empotrado amenazaban con asomar la mirada con disimulo ignorando la insatisfacción que opacaban las manos a la espalda atadas. Las persianas se bajaron como muestra de deferencia, más bien, de vergüenza, como queriendo ocultar lo que con certeza se sabe que pasó a pesar de los pesares, como queriendo evitar miradas atrevidas que pudiesen entrever los desastres de la incomunicación. Había varios libros baratos apilados en el escritorio, el de la cima sobre magias orientales de dudosa credibilidad, demasiado amarillento y manoseado.

Aún sigue viva la llama de la esperanza de los que aguardan tu reaparición. Y por mucho tiempo que pase, algunos no serán capaces de pasar página sin secuelas porque el remordimiento de conciencia por haberte dejado de lado muerde sin descanso. Quizá si al menos hubieses firmado un post-it de despedida la espera hubiese sido más llevadera, pero no se le puede exigir al que nada recibe, ni caricias, ni palabras, ni ilusiones. La ausencia absoluta de ilusiones conduce invariablemente a un estado vital de retraimiento que se alimenta de la pasividad porque no se han planteado metas por las que luchar con garra y sacrificio. Como si de una bola de nieve creciente se tratase, el aislamiento se acentúa por la marginación y la marginación aumenta con el aislamiento. Llega un momento en la vida en el que ya de nada sirve emprender la huida; la voluntad de reinsertarse tiene todas las de perder contra la abnegación ante los hábitos adquiridos, el enemigo que comenzó con la inocencia inofensiva de una hormiga de fácil exterminio acaba convirtiéndose en un león hambriento que amenaza tu libertad y te encierra en una jaula de la que no intentas escapar porque prevees tu destino entre sus colmillos.

De ojos oscuros, habitualmente entrecerrados por su afición a la nicotina enriquecida, y una mirada que siempre parecía enfocar una imagen más lejana que la distancia real que lo separaba de los objetos que tenía a su alcance, como si quisiese vislumbrar el más allá o como si no supiese ceñirse a las sombras de la cueva de Platón en la que nos desenvolvíamos los demás. El tabique nasal irrumpía con desvergüenza desde el entrecejo dando lugar a una nariz aguileña cuya agresividad estética contrastaba con su manifiesto pacifismo. De desaliñado cabello, graso

y liso a partes iguales, que todos los días daba la impresión de llevar una semana sin lavar ni peinar. La también morena tez unida a los atisbos de poblada barba le conferían un aspecto rudo cercano al del campesino que se encarga de sus menesteres con dedicación bajo el sol y ni tiene tiempo para malgastarlo cuidando su porte físico ni aún queriendo hubiese sabido cómo aliñarse para asistir a un homenaje elegante. Delgado, casi escuálido, con largos brazos sin hornear en labores manuales pero con una incipiente tripa que crecía inexorablemente por la conjunción entre su gusto por la cerveza y su vida sedentaria.

Hay que ser muy valiente, o muy cobarde, para hacer borrón y cuenta nueva, según como se mire. Tú decidiste desaparecer para desprenderte de tu pasado y no tener que luchar contra los fantasmas de lo establecido y prejuzgado. Comprendiste que no había otra salida que despojarte de un pasado que no habías moldeado tú sino tu apatía. Aplaudo tu capacidad de reacción cuando ya habías bajado los brazos en señal de derrota y el miedo escénico se había apoderado de ti impidiéndote salir de tu habitación salvo para satisfacer tus necesidades elementales. Superar ese miedo debe ser harto complicado, sobremanera conociendo la estrechez de tu voluntad, pero hay que reconocer que tu proceder no es loable: ¿por qué no miraste a la vida cara a cara? ¿por qué no intentaste integrarte en un ambiente que te esperaba con los brazos abiertos? ¿por qué no te atreviste a alzar la voz para que todos escuchasen las voces que te atormentaban en sueños? Sé que todos mis porqués resultan ridículos comparados con la desgarrada desesperación con la que te enfrentabas día a día, aún así mi conciencia repiquetea y pregunta sin descanso acerca de tu destino.